

Resistióse Pío IX, é insistieron los manifestantes, al extremo de trabar sangriento combate con los suizos, y entonces el Papa cedió, llamando al poder á los agitadores Galetti y Sterbini, no sin protestar de violencia ante los embajadores extranjeros. Desde este instante, fué imposible al Papa residir en Roma, que abandonó el veinticuatro de Noviembre, refugiándose en Gaëta.

No mostró Pío IX, en esta ocasión, toda la prudencia que las circunstancias requerían. Desde Gaëta, escribió que no renunciaba á sus derechos; nombró por dos veces una comisión ejecutiva, que se negó á tomar posesión, y no se dignó recibir á una diputación que fué á pedirle regresara á su capital. En vista de esto, la Cámara encargó provisionalmente del poder ejecutivo á una junta, acto que el Papa calificó, en Breve pontificio, de sacrilego atentado. Esta violenta conducta despojó á los moderados de la autoridad moral que habían mantenido y permitió á los republicanos avanzados, cuya influencia era mayor de cada día, pedir la convocación de una Constituyente elegida por sufragio universal. La Cámara romana se declaró disuelta, y fijó para las elecciones el veintiuno de Enero de mil ochocientos cuarenta y nueve. El ocho de Febrero se reunió la nueva Asamblea, compuesta mayormente de mazzinistas, y su primer acuerdo, tomado por ciento cuarenta y tres votos contra once, fué despojar al Papa del poder temporal, garantizarle la independencia espiritual y proclamar la República romana. Realizada estaba con esto la primera parte del programa de Mazzini, consistente en fundar la República romana. Faltaba fundar la unidad italiana, tarea que tomaron por su cuenta los demócratas toscanos, á su cabeza Montanelli, el cual no se cansaba de repetir que el único medio de salvar la causa nacional era reunir en Roma una Asamblea italiana elegida por sufragio universal, y para realizar este pensamiento, no reparó en servirse de los medios que el poder ponía en sus manos. Disponiendo de una mayoría complaciente en la Cámara, obtiene de esta, el diez de Enero de mil ochocientos cuarenta y nueve, el acuerdo de que Toscana nombre treinta y nueve diputados, para la Constituyente nacional que ha de reunirse en Roma. El Gran Duque, comprendiendo los peligros que semejante decisión implica para su corona, huye á Siena, é inmediatamente Mazzini corre á Florencia, donde se le recibe en triunfo, y hace se nombre un gobierno provisional, que el diez y ocho de Febrero proclama la República y convoca una Constituyente. Por estos pasos se establecen en el centro de Italia dos repúblicas, íntimamente unidas por sus principios y sus aspiraciones.

Estos sucesos no pudieron menos de repercutir en Turín, donde provocaron, en vez de una revolución política, la segunda guerra contra Austria, que pedían sin cesar desde la conclusión del armisticio los jefes del partido avanzado y los refugiados lombardos, y que representaba en el propio ministerio desde el quince de Diciembre Gioberti, partidario juntamente de un pacto federativo entre todos los Estados italianos. Al conocerse la des-

titución del Papa y preverse la intervención de Austria, el grito de guerra se renovó con tal vehemencia que Carlos Alberto, temiendo perder su popularidad y su corona si lo desatendía por más tiempo, el once de Marzo denunció el armisticio y el veinte pasó la frontera, al frente de sesenta y cinco mil hombres, cuyo mando confió al general Chrzanowski, afamado por su estrategia. Chrzanowski atravesó el Tesino en Buffalora y tomó el camino de Milán. No anduvo acertado. Al día siguiente hubo de suspender su marcha y cambiar de frente, para ir al encuentro de Radetzki, que por descuido de Ramonino había forzado el paso del Tesino en Pavia y subía por la margen derecha del río, con ánimo de cortar la retirada al ejército piemontés. Delante de Novara se trabó el veintitrés de Marzo la batalla, que, favorable al principio á los piemonteses, volvióse en contra suya á las cuatro de la tarde, en que perdieron el caserío de la Bicoca, llave de sus posiciones, replegándose por la noche en tropel sobre Novara, con pérdida de cinco mil hombres. No pudiendo Carlos Alberto continuar la guerra y juzgando inaceptables las condiciones de paz que le imponía Radetzki, sacrificó su corona á la salvación del Piemonte abdicando la tarde de la batalla en favor de su hijo, y partió para Oporto, donde contaba acabar sus días. El nuevo rey, Víctor Manuel II, firmó el veintiséis de Marzo un armisticio con Radetzki.

Cinco días había durado la segunda guerra de la independencia italiana, que tuvo sangriento epílogo en Brescia y en Génova. En la primera, la población, al enterarse de la ruptura de las hostilidades, se sublevó y resistió dos días á las tropas de Hainau; en la segunda estalló, á la noticia de la derrota de Novara, una insurrección republicana, que hubo de ser reprimida por la fuerza. Desde este instante, la paz fué restablecida en todo el Norte de Italia.

La batalla de Novara señala en Italia el último término del movimiento ascendente revolucionario y el comienzo de la reacción. Veamos lo que mientras tanto ocurría en Alemania.

La revolución de Febrero repercutió en toda Alemania, cuyos príncipes vieron forzados á restablecer ó otorgar constituciones, con los consabidos derechos y libertades. El tres de Marzo, Francfort obligaba á su Senado á suprimir la censura y establecer la libertad de la prensa; Hamburgo obtenía igual beneficio, después de haber demolido las casas de algunos oligarcas detestados; el duque de Nassau suscribía una constitución el cinco de Mayo; el gran duque de Sajonia-Weimar hacía lo propio el seis, al tiempo que el gran duque de Hesse-Darmstadt tomaba á la fuerza por ministro al célebre Enrique de Gagern y lanzaba una proclama reformista, que produjo sensación profunda. El siete, uno de los principillos más reaccionarios, el elector de Hesse-Cassel, como no contestase á un mensaje que le enviaran sus súbditos, vió su palacio invadido por veinte mil insurrectos, que le obligaron á conceder cuanto le pedían. En el gran ducado de Baden, muy penetrado ya

de ideas liberales, la agitación empezó el veintinueve de Febrero, y por el esfuerzo de los Struve y de los Hecker terminó el tres de Mayo, proclamándose una constitución que fué acogida con entusiasmo y arrancó lágrimas de ternura al gran jurisconsulto Mittermaier. El rey de Wurtemberg cedió de buen grado el dos de Marzo á las manifestaciones populares, al revés del brutal déspota de Hannover, Ernesto Augusto, que se resistió hasta el seis, en que el motín llamó á las puertas de su palacio. En Sajonia, el impulso popular tardó un poco más en triunfar de Federico Augusto, que no nombró ministerio reformista hasta el diez y seis de Marzo. Al mismo tiempo, la dieta de Francfort anulaba sus decretos inquisitoriales de mil ochocientos treinta y tres y mil ochocientos treinta y cuatro, y lo que era más grave, unos cuantos patriotas, ídolos del pueblo por el mucho tiempo que llevaban de combatir por la causa de la unidad, se reunían espontáneamente el cinco de Mayo en Heidelberg y tomaban el acuerdo de convocar para el treinta y uno un *vor parlament*, parlamento preparatorio, con el encargo de invitar á Alemania á elegir una Asamblea constituyente y redactar para ésta el programa de las cuestiones. Del mar del Norte al Adriático, un grito inmenso de alegría respondió á esta convocatoria. Metternich, temblando por su obra predilecta, apelaba á esfuerzos desesperados para burlar la voluntad de la nación alemana, proponiendo, por ejemplo, á Prusia conferencias diplomáticas, que habrían de celebrarse en Dresde el veinticinco de Marzo y en que las dos cortes de Viena y de Berlín verían la manera de hacer inofensiva para los tronos la adición de un elemento representativo á la Dieta de Francfort. Pero, por prisa que se diera el viejo ministro austriaco, la revolución marchaba más ligera que su pensamiento. El trece de Marzo, la propia corte de Austria hubo de capitular á su vez ante el motín.

En ese día, mil ochocientos estudiantes de la universidad de Viena se formaron en procesión para ir á depositar sus votos en el palacio de los Estados; tropezaron en el tránsito con gran lujo de fuerzas militares y con cañones en las plazas, que excitaron el furor popular; al grito de ¡Abajo Metternich! fuéronse los manifestantes á derribar en el *Renweg* la residencia del ministro execrado; á las cuatro y media, una descarga de las tropas en el *Judenplatz*, que dejó tendidos seis cadáveres, dió la señal del combate; el pueblo tomó y saqueó el arsenal, y de lo alto de su palacio, Fernando lloró viendo arder sus caballerizas. Á las nueve de la noche, una diputación de los Estados se fué á pedir la destitución de Metternich, el cual, abandonado de su señor, se ocultó en el palacio del príncipe de Lichtenstein y se salvó saliendo de madrugada por la puerta de Corintia, disfrazado, agazapado, con su joven mujer, no menos aborrecida que él, en el fondo de un carro de lavandera. El *Times* anunciaba el veintitrés de Marzo su llegada á Inglaterra con las palabras: «El más viejo ministro de la más vieja corte ha sido despedido.... Después de cuarenta años de un poder ilimitado, Metternich deja á Austria rezagada del resto de Europa, em-

pobrecida en su hacienda, dividida en sus provincias, amenazada paladinamente en sus más importantes posesiones.»

El catorce por la mañana, leyóse en las esquinas de las calles una proclama imperial anunciando el armamento de los estudiantes, la dimisión de Metternich y la creación de una junta de los Estados, de que formaba parte Alejandro Bach; pero al mismo tiempo, se amenazaba con el uso de la fuerza al que no se diera por satisfecho con estas concesiones y se nombraba general en jefe de las tropas al reaccionario príncipe de Windischgraetz. Estas disposiciones contradictorias revelaban en la corte falta de sinceridad. En su vista, los jefes del movimiento popular manifestaron á palacio que actitud tan equívoca no les permitía ordenar el desarme, y entonces el Rey cedió, creando, por rescripto de la una de la tarde, la guardia nacional al mando del conde Hoyos, invitando en proclama á los Estados de la monarquía á enviar diputados á Viena para el tres de Julio, y anunciando el presidente de la Baja-Austria la supresión de la censura y una ley liberal sobre la prensa. Pero, durante la noche, se pegó á las esquinas un decreto poniendo á Viena en estado de sitio, y al rayar el alba, un bando de Windischgraetz, escrito en ese estilo provocador y brutal propio de los militares que sólo rinden culto á la fuerza. Con dificultad se hallará en la Historia jornada parecida á ésta del catorce de Mayo, con esas precipitadas alternativas de concesiones y resistencias, de abatimiento y furor arriba, de entusiasmo y decepción abajo, que ponen al descubierto el espíritu profundamente reaccionario y falaz de la camarilla que rodeaba al Emperador.

Creíase el quince por la mañana que iba á estallar la guerra civil. Gracias que Fernando, enterado de los acontecimientos de Hungría, decidió mostrarse al pueblo recorriendo en coche las calles de Viena, acompañado de su hermano y de su sobrino. El pueblo le acogió con transportes de amor, efectuándose un cambio de tierna efusión y de lágrimas entre el soberano y sus súbditos. Vuelto á palacio, el Emperador declaró á su corte que era necesario otorgar á aquel pueblo tan excelente una constitución, y se expidieron cartas-patentes anunciando que se sometería un proyecto constitucional á los diputados de los Estados. Con ser tan vagas estas promesas, despertaron en todos delirante júbilo; se iluminó la ciudad y se fraternizó en calles y plazas. El viejo Kollowrat fué nombrado presidente del Consejo y se dió el mando supremo de las tropas á Lichtenstein; pero la cartera de lo Interior se confió al conde de Ficquelmont, discípulo de Metternich, no menos astuto que reaccionario. Siempre lo mismo: la sombra junto á la luz. El diez y siete de Mayo se dió solemne sepultura á las víctimas de la revolución, y el veintitrés, el Spielberg devolvió á la libertad y al sol su legión de presos, espectros cuya vista bastaba para justificar la revolución. Este período tranquilo sólo duró hasta el primero de Abril, en que Ficquelmont fué nombrado primer ministro y apareció de nuevo la torva faz de la reacción.

Hemos hablado de los sucesos de Hungría, donde la noticia de la revolución de Viena, recibida en Presburgo el catorce de Marzo, produjo frenético entusiasmo. Mientras la Dieta votaba la abolición definitiva de los derechos feudales, con indemnización por parte del Estado á los señores desposeídos, y el derecho de voto individual, que implicaba la supresión de las antiguas clases y corporaciones, y la celebración de nuevas elecciones en breve plazo, una diputación, presidida por Luis Battyany y Kossuth, partía para Viena, y la juventud de Pesth, dirigida por el gran orador Vasvári y sus amigos el poeta Petofi y el futuro periodista Fokay, hacía imprimir á la fuerza, sin someterlo á la previa censura, un programa en doce artículos, que fué como la carta de la revolución y cuyos extremos principales eran: libertad de la prensa, ministerio responsable con residencia en Budapesth, convocatoria anual de la Dieta, igualdad ante la ley, guardia nacional, cargos públicos iguales para todos, abolición radical de los derechos feudales, jurado, banco nacional, guarnición de regimientos húngaros en suelo húngaro, libertad de los presos políticos y unión de Transilvania á Hungría. El Emperador, practicando el adagio de «á mal tiempo buena cara», recibió afablemente á la diputación magyara y le concedió todo lo que pedía, encargando al conde Battyany la formación del primer ministerio nacional húngaro, que se constituyó el veintitrés de Mayo. Carecía este ministerio de homogeneidad. Su elemento predominante era el liberal, conciliador, timorato, que con sus incertidumbres comprometió el presente y el porvenir. No osó romper con Austria, contentándose con una semi-independencia, y la ley electoral que votó la Dieta, sobre la base del censo, excluía del sufragio á toda la plebe, incluso los judíos, y conservaba á los nobles su antiguo derecho de voto personal. El diez de Abril, Fernando fué á cerrar la Dieta: sancionó las treinta y una leyes votadas y pronunció un discurso en húngaro, que entusiasmo á aquel pueblo, monárquico hasta la médula de los huesos. Esta Dieta habíase mostrado indecisa, conturbada, poco desprendida del espíritu del pasado. Su jefe, Luis Kossuth, que la Europa republicana de mil ochocientos cuarenta y ocho consideró como tipo del revolucionario radical y la Europa reaccionaria como tipo del demagogo desenfrenado, cometió dos faltas capitales: la de oponerse á romper la unión con Austria y la de aplicar al principio de las nacionalidades un criterio por todo extremo estrecho y egoísta. No se comprende que el patriota que invocaba dicho principio para recabar la autonomía de Hungría, colaborase en la redacción de aquel proyecto de la Dieta entre cuyos artículos se leía: «En todas las ramas de la administración civil y eclesiástica no se admitirá en adelante otra lengua que la magyara: *todo documento escrito en otro idioma carecerá de carácter legal*. Todos los países anexionados podrán usar del latín en el pleno ejercicio de sus libertades municipales, pero deberán emplear el magyar en sus relaciones con las autoridades húngaras. La enseñanza de la lengua magyara será obligatoria en todas las escuelas.....» A la vista de este documento, no menos imprudente que

ilógico, esclavos, rumanos y servios, comprendiendo que, en vez de las esperanzas de igualdad y libertad que se les había hecho concebir, el yugo magyar iba á pesar sobre ellos con más dureza que nunca, no vacilaron en lanzarse á la insurrección, mas no contra el Emperador, sino contra los húngaros. A la cabeza del movimiento se puso el barón Gellachich, que acababa de ser nombrado *ban* de Croacia por rescripto imperial. De gallardo continente, fisonomía noble, bravo, poeta, autor de canciones populares para los soldados, ejercía Gellachich ascendiente incontrastable sobre sus gobernados. Había jurado resucitar la nacionalidad croata por las armas, y á este fin encaminó todos sus esfuerzos. El diez y ocho de Abril llegó á Agram y el diez y nueve puso manos á la obra, colocando bajo la ley marcial al que osase agitar los espíritus contra el rey legítimo, la patria y la nacionalidad croatas. Por el mismo tiempo se levantaron los servios, quemando en todas partes los registros del estado civil, redactados en lengua magyara, expulsando á las autoridades húngaras y convocando á una asamblea nacional servia para el trece de Mayo. No tardaron en seguirles los rumanos, que componían la mayor parte de la población de Transilvania y que á su vez, conforme al principio en boga de las nacionalidades, acordaron reunirse en asamblea general el quince de Mayo, en Balarfalva. Formar una confederación de Estados independientes bajo el cetro del Emperador de Viena, contra las pretensiones de los magyares, era el común objetivo de todos estos movimientos.

En la capital de Prusia, la conmoción de los ánimos fué unos días contenida por el temor patriótico de que Francia volviese á disputarle la posesión de las provincias renanas. Hasta el rey, Federico Guillermo IV, abrigó la esperanza de que, oponiendo al deseo de libertad el sentimiento del orgullo nacional, prevendría todo género de conflictos. Se equivocó de medio á medio. Del trece al veintiséis de Marzo la sangre corrió por las calles, y el diez y siete por la noche, una diputación de las provincias del Rhin y de Westfalia fué á manifestar al monarca que, si el programa liberal no se adoptaba sinceramente, aquellas provincias se separarían de la monarquía prusiana. Federico Guillermo cedió, publicando el diez y ocho una patente en que se leía: «Ante todo pedimos que Alemania se transforme de confederación de Estados en Estado confederado, mediante la unión de los príncipes con los pueblos y la inmediata convocatoria de una representación federal. Es necesario que los Estados alemanes tengan también instituciones constitucionales. Un tribunal federal alemán debe regular las diferencias políticas entre los príncipes y los Estados, así como entre los diferentes Gobiernos. Pedimos un *Zollverein* general, con las mismas medidas, los mismos pesos é iguales derechos para todo el comercio alemán, y la libertad de la prensa, con idénticas garantías contra los abusos en toda la patria alemana». Terminaba convocando á la Dieta para el domingo, dos de Abril. Estas promesas eran un ardid. El monarca prusiano, no pudiendo seguir explotando la desconfianza de su pueblo respecto de Francia, trataba de deslumbrarle ahora con el espejismo